

# JOSÉ NIETO FERNÁNDEZ: «ELEGÍA A GIL»

El «rayo que no cesa» de la poesía en el Bierzo: Bajo una envoltura delicada, con el aderezo ingenuo y sin embargo vigoroso de las ilustraciones jovencísimas de Antonio Jesús, aparece en Villafranca el volumen inicial de una colección amparada por el «Malvís», nombre alto, de amores silbantes, ambivalente para el monte familiar y para ese pájaro tan nuestro y pequeño que no llega a tordo...

La muerte recordada de Gilberto Ursinos constituye el motivo único del libro. «Elegía a Gil» de José Nieto Fernández, es un poema estructurado en tres partes. En la primera, titulada «Planto», el autor se dirige al amigo muerto en una larga y nerviosa lamentación, donde hay matices de ternura que pronto pueden convertirse en imprecación y rabia. Donde ocurren, desde la exaltación, regresos arrepentidos hacia la seriedad. Pinceladas breves configuran el retrato de quien, ciertamente, muchos hemos conocido:

*Acostumbrado a perder,*

*rendido de padecer,*

*como un clavel entreabierto...*

para luego dar paso a la aparente injuria -Traidor, amigo traidor...-, recurso para potenciar aún más la voz de quien ama...

Pero un poema que recorre cuarenta páginas, permite -o exige- si no las treguas, sí las variaciones de tono. Así acontece en el Réquiem, segunda parte de la «Elegía». Aquí el poeta José Nieto nos habla como si su voz fuese la de Gilberto, el poeta y amigo que nos falta desde hace diez tensos años. El canto que antes fuera tallado en octosílabos de romancero, irrumpe ahora con una andadura solemne, en alejandrinos blancos y bien medidos:

Orad amigos míos, al

dios del sol poniente / en

mi pupila ausente luciérnaga de azufre, / quemad mi

recipiente de cárdena angostura /

y derramad mi polvo en cántaros de luna.

Es, acaso, este Réquiem central, el núcleo donde la inspiración de Nieto va a alcanzar mejores cotas: en el argumento universal de la muerte; en esas palabras ocultas-en nuestras alacenas bercianas, con tajos de tocino, y los higos del huerto, y la invitación al «banco rudo de sangre y de matanza»...

Hay, en fin, un breve y concluyente epitafio que cierra el libro. Esta cuartilla no es una crítica (otros sabrán hacerlo debidamente), pero «el bajo firmante» no quisiera firmar sin dejar una conclusión. José Nieto declara obstinadamente, en el prólogo y en los versos, que su entrega es el cumplimiento de una deuda aterradora. Cumplida está. Pero hay en esta «Elegía» adivinaciones, momentos, ráfagas que debieran hacerle pensar si no le quedará –ahora- otra deuda, continuada y genérica: la de obligarse a la poesía.

**Antonio PEREIRA**